

Recíbanse a todos los huéspedes que llegan como a Cristo (RB 53.1)

Abad Martin Werlen

Primera Parte

Sobre la Tradición, las Tradiciones y el Zeitgeist (el espíritu de los tiempos). Distinción importante para una Iglesia viva.

Queridas Hermanas:

¡Gracias por invitarme a ofreceros dos presentaciones en vuestro simposium!

En la primera parte, me atrevo a presentar una reflexión, que puede parecer muy inusual, sobre la Iglesia y la vida religiosa. El Papa Francisco nos anima a los religiosos una y otra vez a vivir nuestra vocación hoy y a atrevernos a tomar nuevos caminos. Durante décadas, nos hemos quejado de Roma. Hoy, no tenemos ninguna razón legítima para refunfuñar (cf. RB 41,5) ¿Somos conscientes de ello? Hoy, tenemos todas las razones para seguir nuestro camino con los ojos y los oídos abiertos (cf. Prol 9). ¿Por qué nos cuesta tanto vivir este momento nuevo?

En nuestras comunidades hay gente que tiene miedo a los cambios, y otros que tienen miedo a que nada cambie. Con frecuencia, estos conflictos se centran en la tradición, las tradiciones y el Zeitgeist (el espíritu de los tiempos). Quiero que examinemos detenidamente estos términos, no desde un punto de vista académico, sino desde ejemplos concretos. Espero que estos pensamientos os abran a nuevos aspectos de la hospitalidad.

Veamos el primer término: tradición. La tradición es importante en la Iglesia. Es importante en nuestros monasterios. Es vista como la fidelidad a Cristo Jesús a través de todos los cambios habidos en el curso de la historia. Por tanto, la tradición está siempre viva. Por esta razón el Catecismo de la Iglesia Católica afirma: “Esta transmisión viva, llevada a cabo en el Espíritu Santo es llamada la Tradición en cuanto distinta de la Sagrada Escritura, aunque estrechamente ligada a ella.” (CIC, 78) Una tradición tan viva no es posible si está unida a una época determinada o a una cultura específica, por eso hablamos también del “Zeitgeist” como lo que caracteriza a cierto momento histórico. Aquellos que

ignoran el Zeitgeist, no pueden vivir una tradición que está viva. El Zeitgeist es simplemente una realidad dada. Necesitamos ser conscientes de ello si queremos decir algo y ser entendidos. El Zeitgeist (espíritu de la época o espíritu del tiempo) es el conjunto de ideales y creencias dominantes que motivan las acciones de los miembros de una sociedad en un período concreto de la historia. (Wikipedia). “El espíritu de los tiempos es importante, sobre todo para la predicación del Evangelio. La persona que lo desconoce, habla al vacío, carece de audiencia. Está claro que nada debe ser cambiado en la Iglesia para que sea reconocido por el Zeitgeist, pero necesitamos hacer cambios para vivir hoy y proclamar el Evangelio en el aquí y el ahora. Encontramos el espíritu de los tiempos también en las Escrituras. Por ejemplo, Jesús agradece las experiencias de la gente y las narra en sus discursos. Obviamente está familiarizado con el Zeitgeist y eso hace que sus enseñanzas sean muy diferentes de las de los escribas y fariseos. La Iglesia ha entendido siempre que debe vivir el presente, por eso ha valorado el Zeitgeist, bien sea adaptándolo mucho o simplemente no rechazándolo.

Echar un vistazo a las tradiciones de la Iglesia resulta en algunos aspectos sorprendente. Muestra lo que hemos amado y con lo que estamos familiarizados. Ilustra los grandes obstáculos que la Iglesia ha encontrado en su viaje a lo largo de la historia. Revela el alcance de reformas muy necesitadas. Presenta el significado del Zeitgeist bajo una luz diferente. Realmente es el término Zeitgeist el que nos ayuda a comprender las tradiciones. Las tradiciones moldeadas por el Zeigeist no son variables o carecen de valor de manera arbitraria. La Iglesia necesita reglas para vivir juntos, como en cualquier otro grupo humano, y una cultura común que aporte un hogar. Las tradiciones no deben ser alteradas dependiendo de la preferencia o el capricho. Dicho de otra manera, necesitan y pueden ser cambiadas comunitariamente si se cruzan en el camino de la tradición. Si este cambio se asume de manera individual, puede causar gran daño; si se hace de manera comunitaria, contribuye a la edificación de la comunidad. Las decisiones tomadas individualmente han sido la causa de algunas oportunidades perdidas para decisiones comunitarias que llevaban tiempo en camino. El Zeitgeist ha originado y ha impactado en mucho de lo ocurrido en nuestras vidas y en la de nuestros monasterios, especialmente el Zeitgeist de los

pasados siglos. Aún hoy, el *Zeitgeist* del Imperio Romano muestra su influencia. Y porque estas cosas son antiguas y muy antiguas, les llamamos tradiciones. Con frecuencia confundimos las tradiciones con la tradición. El teólogo dominico y cardenal Yves Congar publicó un libro titulado “La tradición y las tradiciones” (Tradición y tradiciones). Esta distinción fue incorporada por el Catecismo De la Iglesia Católica: “La Tradición de que hablamos aquí es la que viene de los apóstoles y transmite lo que estos recibieron de las enseñanzas y del ejemplo de Jesús y lo que aprendieron por el Espíritu Santo. En efecto, la primera generación de cristianos no tenía aún un Nuevo Testamento escrito, y el Nuevo Testamento mismo atestigua el proceso de la Tradición viva. Es preciso distinguir de ella las "tradiciones" teológicas, disciplinares, litúrgicas o devocionales nacidas en el transcurso del tiempo en las Iglesias locales. Estas constituyen formas particulares en las que la gran Tradición recibe expresiones adaptadas a los diversos lugares y a las diversas épocas. Sólo a la luz de la gran Tradición aquellas pueden ser mantenidas, modificadas o también abandonadas bajo la guía del Magisterio de la Iglesia.” (CIC, 83).

En esta distinción, encontramos muchos retos nuevos y maneras de vivir creíblemente nuestra vocación hoy. Sin embargo, esta distinción apenas se hace. Los obispos, e incluso los arzobispos, tienen la tentación de confundir tradiciones con tradición. El siguiente es un extracto de una entrevista del *Süddeutsche Zeitung* (un periódico alemán) del 28 de febrero de 2014. El entrevistador es el periodista Peter Seewald que es amigo del Papa Benedicto XVI desde hace muchos años. El entrevistado es el arzobispo Georg Gänswein, secretario privado del Papa Benedicto XVI y actual prefecto de la Casa Pontificia: “Su Eminencia, su nuevo jefe no vive en el apartamento papal. Lleva zapatos baratos. Conduce un coche barato. Muchos lo encuentran apasionante, otros se acuerdan de “Summerhill”. ¿Hay un rebelde ahora en la silla de Pedro? – “No. Aquellos que están en contacto constante con el Papa Francisco saben distinguir entre una imagen externa y su personalidad real. Su formación jesuítica habla en contra de lo revolucionario y lo “anti”. En cuanto a sus zapatos, es sólo una cuestión de estética. Pero fue inútil intentar convencerle que ponérselos podía ser no sólo por razón de apariencia, sino también por sintonía con la tradición, y para seguir la línea de sus predecesores.” Poco después, el periodista pregunta: “Sin embargo, mucho de lo que se usó con Benedicto parece

ahora en desuso con Francisco: lenguaje preciso, la riqueza de la tradición, la nobleza en la formalidad.” Esta es la respuesta del arzobispo Gänswein: “Es obvio que ambas personalidades son bastante diferentes. El Papa Francisco es un hombre de gestos. Es alguien que se expresa de la manera que se espera en un Papa. Con Benedicto XVI uno escuchaba y se dejaba coger por sus palabras. Con el Papa Francisco, primero quieres ver cómo se aproxima a algo y cómo lo afronta. Es un hombre que sabe cómo dirigirse a toda la persona, no sólo a su intelecto o a uno de sus sentidos. Si este entusiasmo dura, necesita ser contemplado. Estamos aún esperando una estrategia.” Estas preguntas y respuestas apenas necesitan análisis. Muchos se sorprenderán por tales afirmaciones, especialmente aquellos que aceptan agradecidamente el programa de Francisco desde el primer día de su mandato y quienes tratan de implementar el programa de la “Gaudium Evangelii”. ¿No es trágico que el no deliberado mensaje que transmiten unos zapatos rojos fuese malinterpretado y oído más que sus excelentes homilias? En cambio, los zapatos de Francisco son inmediatamente considerados como testimonio del evangelio, incluso por gente de fuera de la Iglesia. Los zapatos del Papa no son la tradición de la Iglesia, sino una de las muchas tradiciones. Son expresión de un antiguo Zeitgeist, que es incluso contrario al Evangelio. Después del cambio Constantiniense, los líderes de la Iglesia se convirtieron cada vez más en dirigentes, lo contrario de lo que Jesús quería: “Pero no ha de ser así entre vosotros” (Mc 10, 43). Hasta 1566, el Papa vestía de rojo, como el emperador. El Papa Pío V, un dominico, siguió vistiendo su hábito blanco y, a partir de entonces, los Papas han vestido de blanco. Así que es obvio, no es la tradición, sino una de las muchas tradiciones. Los zapatos rojos que se usaban hasta el Papa Benedicto XVI, eran un remanente. El Papa Pío V afrontó la difícil tarea de implementar las reformas del Concilio de Trento. Esto también incluía cortar las competencias de los cardenales. Así que ellos aceptaron que el Papa les permitiese vestir de rojo, como el emperador y así es como continúa siendo hasta hoy.

Los tradicionalistas consideran las tradiciones como la tradición. Tomemos como ejemplo el latín. Esta es una de las muchas tradiciones de la Iglesia, pero no la tradición. Hubo épocas que no se usaba el latín en la Iglesia. Fue la lengua de la Iglesia porque la gente ya no entendía el griego. En el siglo IV la mayoría de los bautizados entendían latín. Esto es Zeitgeist y por esta razón el

Papa Dámaso encomendó a San Jerónimo traducir la Biblia al latín, para que el pueblo entendiese la Palabra De Dios. Esta traducción es conocida como “La Vulgata”, que significa “la lengua del pueblo”. El latín se convirtió en la lengua de la Iglesia debido al Zeitgeist del siglo IV. En los siglos posteriores esta lengua se convirtió en una de las tradiciones de la Iglesia. Los tradicionalistas consideran al latín como la tradición, pero la tradición es usar la lengua que la gente pueda entender. La Palabra De Dios debe llegar al pueblo.

Muchos aspectos de nuestra vida monástica diaria son tradiciones que pueden ser importantes, que nos pueden gustar, pero su momento puede que ya haya pasado hace mucho tiempo. Siempre cuando las tradiciones se cruzan en el camino de la tradición, tenemos que abandonarlas. Vivir la tradición, que significa fidelidad a Cristo Jesús, no gira en torno al número de monjas o monjes en la comunidad o de su edad, aunque las tradiciones vivas requieren un cierto número de miembros.

¿Cómo nos presentamos a la gente? ¿Qué comunica nuestro escudo? Con mucha frecuencia mostramos solamente tradiciones y hablamos sobre tradiciones. Estamos orgullosos de ellas, pero no olvidemos que son el fruto del Zeitgeist de otros tiempos.

Nuestros edificios, por ejemplo, son expresiones del Zeitgeist de tiempos pasados. ¿Son estas tradiciones aún compatibles con la tradición? Nuestros edificios barrocos hablan la lengua de una institución poderosa e importante. ¿Es este el mensaje que nos gustaría proclamar hoy? Si nuestros edificios son un obstáculo para que la gente abra el oído al Evangelio, tenemos que deshacernos de ellos a pesar de las tradiciones impresionantes. El ejemplo del Papa Francisco muestra que abandonando un edificio espectacular, la credibilidad aumenta.

Echemos ahora un vistazo a la liturgia. Lo que me viene a la cabeza es la más simple celebración de la Eucaristía que he conocido en mi vida, aunque es también la más impactante. Entre 1976 y 1989, el cardenal vietnamita François-Xavier van Thuan (1928-2002) estuvo en régimen de aislamiento por su fe. Tuvo que soportar tormentos inimaginables. Sólo un pequeño rayo de sol entraba en la celda a través de una pequeña rendija y también toda clase de insectos. Debido a sus problemas de estomacales, se le permitía una pequeña botella de

vino de vez en cuando. Esto le permitía celebrar la Eucaristía cada día. Como no tenía cáliz, derramaba unas gotas de vino en la palma de la mano y ponía unas migas de pan cerca y así es como celebraba la Eucaristía. No había vestiduras preciosas, ni órgano, ni incluso cáliz. Ninguna tradición estaba presente, pero sí la que es la más importante (y esa es la tradición): Jesucristo. Celebrar la Eucaristía es pura simplicidad, percibir que Jesucristo es el centro de la celebración. Podemos dejar atrás el resto. Sólo si reconocemos el punto central de la celebración de la Eucaristía, las vestiduras, el órgano y el cáliz tienen sentido. Dicho de otra manera, lo hacemos porque siempre se hizo así. En relación con esto, el Papa Francisco reflexionaba en una homilía: “Los cristianos que insisten en el “siempre se ha hecho así”, pecan... Esta testarudez es también idolatría, un cristiano testarudo peca.” Nuestra fe es apasionante no por lo que retiene, sino por su centro: viviendo lo que decimos, viviendo como rezamos, viviendo lo que celebramos. Sólo podemos experimentarlo cuando nos atrevemos a vivir nuestra fe.

Otro tema que, sin duda, está cerca de vuestro corazón es el de las Mujeres en la Iglesia. Cuanto más pondero este tema, más me convengo de que la exclusión de la mujer del sacerdocio es una de las tradiciones que debe cambiar. No tomo esta postura porque lo exige la sociedad actual, sino porque en mi búsqueda personal de Dios se me ha mostrado más claramente. Me anima a tomar esta postura la gente que despotrica en contra de la ordenación de la mujer. Aquí me siento confrontado con las tradiciones que se enraízan en el Evangelio, pero que aún evidencian el patriarcado.

Incluso en este aspecto es posible un movimiento en la Iglesia como muestra el ejemplo de Sta Teresa de Ávila. El entonces nuncio papal en España describía a la carmelita, nacida el 28 de marzo de 1515, como “una muchacha inquieta, vagabunda, desobediente y malvada que había inventado falsas enseñanzas bajo el pretexto de piedad.” Unas décadas más tarde sería beatificada y posteriormente canonizada. Cuando en 1923 se le pidió a Pío XI que nombrase a la gran Teresa de Ávila como Doctora de la Iglesia, lo rechazó como algo imposible. Su razón fue: “obstant sexus”, “el género lo impide”. Este pensamiento no es tradición, sino el fruto del Zeitgeist. En 1970, el Papa Pablo VI nombró a Teresa de Ávila la primera mujer Doctora De la Iglesia. En este

momento, las siguientes mujeres se encuentran entre los Doctores De la Iglesia: Hildegard of Bingen, Catalina de Siena, Teresa de Avila y Teresa de Lisieux. Incluso si se trata de una cuestión de género, la Iglesia ha aprendido a distinguir entre tradición y tradiciones.

¿Hablamos y discutimos sobre la tradición en nuestros encuentros capitulares o estamos sólo preocupadas por defender las tradiciones y mantenerlas? Nuestro horario diario es en gran parte una de las tradiciones, como lo es también el trabajo. Haríamos bien en distinguir en nuestras comunidades entre tradición y tradiciones. Profundizad la tradición, examinad las tradiciones. La tradición mide las tradiciones. Si éstas se cruzan en el camino de la tradición, debemos tener la valentía de deshacernos de ellas. Se necesita tomar nuevas resoluciones porque el Zeitgeist ha cambiado. Nacen nuevas tradiciones que, a su vez, no son eternas.

Podéis daros cuenta que con esta reflexión sobre la tradición, las tradiciones y el Zeitgeist algo empieza a bullir dentro de nosotros. Algo estático empieza a moverse de repente. Algo petrificado vuelve a la vida. Con estas consideraciones en mente, queremos reflexionar sobre la hospitalidad benedictina esta tarde. Estoy convencido de que nos sorprenderemos.